

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente, á la lijera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y lijero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
Que causó esta venida entre la gente,
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Hacia el oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,
Y á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene á la prueba.

Con un desdén y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso
Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él habia;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío;
Caupolicán no afloja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado;
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre,
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocán en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme
Mostrando que aun mas ánimo tenia.
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito difinido
Con las mas ceremonias que supieron,
Por sumo capitán fué recibido,
Y á su gobernacion se sometieron.
Creció en reputación; fué tan temido
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y están en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficcion ó fantasía,
Pues en razon no cabe, que un senado
De tan gran disciplina y policia
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sabio Colocolo, que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolicán que ausente estaba,
Varon en cuerpo y fuerzas estremado,
De rara industria y ánimo dotado;

Así propuso astuta y sabiamente
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolicano se estremase;
Y en esta dilacion, secretamente
Dándole aviso, á la eleccion llegase,
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa;
Y el nuevo capitán, ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa,
Manda á Palta, sarjento, que callado
De la gente mas presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y á su cargo apartado los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo y menos conocidos;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A cualquiera peligro apercibidos;
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artillería,
Que en espesas troneras asistía.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el araucano ejército contento,
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento
Quería llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolicán mas cuerdate
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino;
Otros, que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones,
Caupolicán en nada desto vino;
Antes al pabellon se retiraba,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo facilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con espresa instruccion, que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Después de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente española, estatuida
A la defensa della y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros soldados
De feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y orden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Astas fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados limites entran.

El puente, muro y puerta atravesando
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
Viendo la airada muerte tan vecina,
Corren presto á las armas alterados
De la estraña cautela repentina;
Y á vencer ó morir determinados,
Cuál con celada, cuál con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte;
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro;
Ya la española gente á la india lleva
A dar de las espaldas en el muro;
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros araucanos
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:
Casi defensa en ellos no hallaban,
Pierden la plaza y cobran escarmiento,
Al fin de tal manera los trataron
Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcaguano
Salían, cuando con paso apresurado
Asomó el escuadron Caupolicano,
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano
Y el puente del castillo levantado,
Pone cerco sobre él con juramento
De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Mas de temeridad que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél, alto decia:
«Salga adelante, salga el mas valiente;
Uno por uno á treinta desafio,
Y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lejos sin orden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los araucanos cuando oyeron
Del valiente español la voz osada,
Partiendo mas de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do mas pueden dañarse:
Cual los Ciclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente,
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplía;
Pero el soberbio bárbaro impaciente,
Viendo que un nuestro á ciento resistía,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo;
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la oscura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quieta
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazón en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido:
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazón embebecido;
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda

El comun siempre amigo de ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,
Hallara en pie el castillo arruinado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la vía
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia;
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.



CANTO III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y limite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al día:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.